

Entrevista con Gonzalo Giner, veterinario y autor de novelas históricas

Lorenzo Serrahima*



Gonzalo Giner nació en 1965 en Madrid, donde estudió Veterinaria. Durante años se ha dedicado a la ganadería industrial, siempre como asesor de nutrición y producción. Su trabajo le ha llevado a residir un tiempo en Barcelona y a viajar con frecuencia por España y por medio mundo, antes de volver a instalarse en su ciudad natal. Las innumerables horas pasadas en aviones y hoteles le han proporcionado tiempo suficiente para cultivar una de sus aficiones, la lectura y el estudio de la historia. Al final, todas esas horas han acabado por cristalizar en tres novelas consecutivas en los últimos cuatro años, lo que lo convierte en un autor plenamente establecido. La primera, titulada *La cuarta alianza*, ya se ha traducido a varios idiomas y se ha vendido en más de diez países. De momento compagina su trabajo profesional como asesor independiente de producción ganadera con el oficio de escritor, pero no sería de extrañar que en un futuro no muy lejano la producción láctea de este país perdiera a uno de sus expertos en beneficio de la literatura.

porcionado tiempo suficiente para cultivar una de sus aficiones, la lectura y el estudio de la historia. Al final, todas esas horas han acabado por cristalizar en tres novelas consecutivas en los últimos cuatro años, lo que lo convierte en un autor plenamente establecido. La primera, titulada *La cuarta alianza*, ya se ha traducido a varios idiomas y se ha vendido en más de diez países. De momento compagina su trabajo profesional como asesor independiente de producción ganadera con el oficio de escritor, pero no sería de extrañar que en un futuro no muy lejano la producción láctea de este país perdiera a uno de sus expertos en beneficio de la literatura.

Lorenzo Serrahima: *¿Desde cuándo te dedicas a escribir?*

Gonzalo Giner: Salté de lector y perdí el respeto a uno mismo dedicándole tiempo y pasión a la escritura hace unos ocho años, para liberar la ansiedad que tenía por entonces debido a la coincidencia de un doloroso trance empresarial. Escribir es un ejercicio tan saludable que se lo recomiendo a todo el mundo. Yo lo hice casi por salud mental, pero en el momento en que te lanzas a llenar un folio en blanco o la página limpia de Word, entonces te sientes crecer y rozas placeres muy especiales.

L. S.: *¿Cuántas horas de escritura necesita una novela?*

G. G.: Mi última novela ha requerido mucho tiempo de documentación. Esa infinidad de horas, a veces perdidas, sumergiéndote en tratados, ensayos o biografías, pueden, sin embargo, facilitarte tramas secundarias a tu esquema argumental; otras veces centran a un personaje que tenías sin enriquecer, o simplemente te sirven para entender y trasladar al lector el marco histórico por donde se desenvuelve el relato. Una vez decidido el esquema básico, personajes, escenarios y trama, viene el momento de plasmarlo en letras, párrafos y páginas.

En mi caso, he conseguido sacar una media de tres páginas por día. Eso no quiere decir que sea suficiente ese tiempo; luego vienen las interminables correcciones finales.

L. S.: *En la época medieval en España coexistían tres grandes culturas, la cristiana, la judía y la musulmana. ¿Era una convivencia, una tolerancia o un enfrentamiento continuo?*

G. G.: No me considero un experto, pero mi impresión es que en esas relaciones nunca se produjo un equilibrio de igualdad. Según en qué bando nos situásemos, al-Ándalus o los reinos cristianos, una religión imperaba sobre las demás y privilegiaba a sus ciudadanos, cobrándoles a las otras dos su propio derecho de existencia. Además, en ciertos momentos la tensión explotaba, y se produjeron verdaderas carnicerías.

L. S.: *En el propio título de tu última novela,** se hace mención a los caballos. ¿Eres especialista equino?*

G. G.: No, en absoluto. Casi toda mi experiencia laboral la he centrado en los ruminantes. Pero tratándose de la España medieval, el albéitar tenía al caballo como destinatario prácticamente único en su quehacer. Nuestra disciplina profesional nació con el caballo y se desarrolló muy cerca de él. Pensemos que mariscales, menescales, ferradores y aquellas otras actividades que podían parecerse a lo que ahora llamamos la veterinaria, todas tenían que dedicar estudio, conocimiento y praxis al caballo. Los caballeros debían aprender a curar y a reconocer algunos de los males principales que aquejaban a sus monturas. Por tanto, en España, hasta la llegada del albéitar desde la cultura árabe, otros muchos oficios habían abordado nuestra profesión sin formar un cuerpo único. El protagonista de la novela es un aprendiz de albéitar que más adelante veremos como tal, ejerciendo su trabajo entre guerras; un ambiente más que habitual por entonces.

L. S.: *Tu trabajo habitual consiste en ir de una granja a otra para asesorar a los ganaderos, un trabajo bastante movido. ¿Cómo se compagina eso con el oficio de escribir, que pide horas de tranquilidad y concentración?*

G. G.: Mi trabajo diario me convierte en un ser privilegiado, dado que el suelo de mi despacho está hecho de campo, el techo son las nubes y el aire que respiro huele a naturaleza. Dedico al coche muchas horas, y eso significa tiempo que puedo emplear para imaginar argumentos, decidir escenas y sobre todo pensar. He de reconocer que un gran porcentaje de lo que luego escribo nace en esos viajes, en carretera. A

* Veterinario y traductor médico autónomo, Barcelona (España). Dirección para correspondencia: serrahima@gmail.com.

** *El sanador de caballos* (2008). Véase su reseña, a cargo de Lorenzo Serrahima, en la página 201.

partir de esa fuente de inspiración, luego hay que invertir tiempo de sueño, familia y fines de semana. Pero cuando algo te apasiona tanto como a mí la escritura, no cuesta nada.

L. S.: Hasta ahora tus tres novelas han sido históricas, ¿la cuarta también lo será o se centrará en algún tema actual?

G. G.: No tengo todavía decidido el argumento de mi siguiente novela, pero es bastante probable que recorra algún periodo histórico importante y quizás tenga también algo que ver con algún antecedente del mundo agropecuario. España atesora una rica y variada historia que para muchos es desconocida y para otros poco valorada. Me apasiona echar un vistazo a nuestros ancestros y rebuscar entre sus vidas.

El lápiz de Esculapio

Anginas

José Vicente Aracil Lillo*

La página de cristal sigue en blanco. Pensativo, arrastro el puntero —con forma de *I* mayúscula— hasta colocarlo justo sobre el cursor: palpita. Siento todo el dolor en ese punto; como cuando me machaco un dedo y noto los latidos dentro de él. Luego sigo buscando historias en las paredes: en el barco de vapor del cartel de una película que otras veces tanto me ha ayudado, en el mar en calma de un cuadro, en las palabras que este viento de mayo arranca de mi ventana. «Qué solo..., qué solo...», dice el viento.

Un pollito viene piando desde muy lejos. Hace meses que me pía dentro de la cabeza, pero no encuentra la forma de salir de allí. Recuerdo que lo traía mi madre guardado en el pecho. Yo tendría siete años y estaba enfermo: anginas, seguro; siempre eran anginas.

—¿Por dónde vive Pepito Zaragoza?

—Por allí —decía mi madre señalando con el dedo una de las paredes amarillentas. Y yo sacaba la lengua en la dirección que ella me indicaba.

Aquella mañana me pareció oír un piar dentro de la habitación, allí mismo y a la vez lejos.

—¿Qué es?

Y mi madre se sacó del escote el pollito moribundo, cubierto todavía de plumón.

—Casi se hiela esta noche... Le he dado vino, no sé si conseguiré salvarlo.

El puntero sigue palpitando, más despacio ahora. La historia del pollito parece tranquilizarlo. Ese pollito lleva meses intentando volver. Lo escucho dentro de todas las habitaciones, dentro y lejos, igual que entonces; refugiado en el escote de mi madre, buscando un relato que se esconde. Sabe que si al final no consigue dar con él, un día acabará marchándose para siempre, como se fue aquel otro, esa misma mañana de anginas y fiebre... Don José, el médico, me ponía su enorme mano en la garganta y me apretaba buscando ganglios o algo inflamado... Que no los encuentre, que no los encuentre... Le vamos a poner estas inyecciones... y siete días de cama... Los encontró.

Yo tenía una habitación con un Corazón de Jesús (rodeado de espinas) sobre el cabezal y un solo ventanuco muy alto que daba al salón. Por allí tiraba un hilo atado a un contrapeso; el otro extremo del hilo lo ataba a un indio que, al soltarlo, trepaba por la pared hasta el ventanuco. Se pasaba los días de cama y fiebre trepando por aquella pared amarilla.

—¿Cuándo viene Pepito Zaragoza, mamá?

—Hasta la tarde no viene.

El indio disminuía la velocidad de escalada conforme se acercaba al borde del ventanuco. Después se asomaba muy despacio para no ser descubierto. Únicamente sacaba los ojos por encima del marco de madera... y lo descubría todo. Nunca me contó lo que vio al otro lado, solo sé que bajaba blanco de miedo por la pared y no podía hablar. Era un indio cobarde y lo sabía. Yo se lo decía muy a menudo. «Un día verás», contestaba él entre la rabia y la impotencia.

Una de las veces que mi madre vino a la habitación —no sé si a traerme agua o a qué—, no escuché al pollito. Cuando pregunté por él lo sacó del escote con la cabeza tronchada y los ojos grises y cerrados. Luego mi memoria lo volvió a guardar otra vez entre sus pechos, y de vez en cuando vuelve a piar, como si estuviera en el mismo lugar en el que yo me encuentro, y a la vez muy lejos...

Fueron muchos días de fiebre. Pepito Zaragoza venía con sus cajitas metálicas. Las abría sobre la mesa del salón, llenaba la parte de abajo de alcohol, la de arriba de agua, y sumergía una aguja muy larga, con el cono dorado, y una jeringa de cristal en ella. Después acercaba una cerilla, prendía fuego al alcohol y charlaba con mi madre mientras el agua hervía.

Aquella tarde, cuando ya había preparado la disolución y golpeaba la jeringa con la uña del índice para desprender las burbujas de aire, vio aparecer un indio por el ventanuco. Aquello le dejó con la boca entreabierta, el índice enganchado contra la yema del pulgar formando un círculo. Y antes de que pudiera decir nada, el indio saltó la madera y se arrojó sobre él.

La jeringa debió de romperse contra el suelo, que se llenó de cristales, y de penicilina, y de plumón amarillo, y de indios muertos, y de hilos atados a contrapesos, y de gritos de mamá...

Después el tiempo barrió lo que pudo.

* Auxiliar técnico de farmacia, San Vicente del Raspeig (Alicante, España). Dirección para correspondencia: jvaracil@inicia.es.